

PARTE I. ¹ tó su fuerza con la presencia de Alí-Atar, el defensor de Loja, el veterano de cien batallas, á quien sus hazañas militares habian levantado desde la clase de simple soldado hasta al lugar primero del ejército, y cuya sangre plebeya se habia permitido mezclarse con la real por el casamiento de su hija con el jóven rey Abdallah.

Funestos presagios.

Con estas brillantes tropas partió de Granada el monarca moro. Al salir por la puerta que aun lleva el nombre de Elvira ¹, la punta de su lanza tropezó en el arco, y se rompió. A este siniestro presagio se siguió otro mas funesto. Una raposa, que atravesó el camino por donde iba el ejército, anduvo corriendo entre las filas, y aunque le tiraron infinidad de tiros, logró escaparse sin que le diera ninguno. Los consejeros de Abdallah trataron de persuadirle á que abandonase ó por lo menos dilatase una empresa que se empezaba con tan mal agüero. Pero el rey, menos supersticioso, ó mas obstinado como suelen ser los espíritus débiles una vez resueltos, rechazó el consejo y continuó su marcha ².

No se hizo ésta con tanto recato que no llegase á oídos de D. Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los donceles, que mandaba en la villa de Lucena, á cuyo punto creyó él con razon que iba dirigido principalmente el ataque. Envió D. Diego á decirlo y á pedir socorro á su tío el conde de Cabra, caballero de su mismo apellido, que estaba en su propia villa de Baena; y con toda presteza mandó reparar las

1	“Por esa puerta de Elvira Sale muy gran cabalgada: ¡Cuánto del hidalgo moro, Cuánto de la yegua baya! ¡Cuánta pluma y gentileza, Cuánto capellar de grana, Cuánto bayo boreceguf, Cuánto raso que se esmalta! Cuánto de espuela de oro, Cuánta estribera de plata! Toda es gente valerosa, Y esperta para batalla. En medio de todos ellos Va el rey Chico de Granada,	Mirando las damas moras De las torres del Alhambra. La reina mora su madre De esta manera le habla: Alá te guarde, mi hijo. Mahoma vaya en tu guarda.” Hyta, Guerras de Granada, t. 1, p. 232. 2 Condé, Dominacion de los árabes, t. III, cap. 36.—Cardonne, Histoire d’Afrique et d’Espagne, t. III, páginas 267, 271.—Bernaldez, Reyes Católicos, MS., cap. 60.—Pedraza, antigüedad de Granada, fol. 10.—Mármol, Rebelion de Moriscos, lib. 1, cap. 12.
---	--	--

fortificaciones de la ciudad, que aunque habian sido estensas y buenas, estaban algun tanto arruinadas. Así hecho, y habiendo ordenado que los habitantes incapaces de llevar armas por edad ó enfermedad se retiraran á las defensas interiores de la plaza, aguardó tranquilamente la aproximacion del enemigo ³.

El ejército moro cruzó las fronteras, y empezó á señalar su carrera por el territorio cristiano con la acostumbrada devastacion, y despues de talar de paso las cercanías de Lucena, continuó corriendo la rica campiña de Córdoba, hasta los muros de Aguilar, desde donde retrocedió, cargado de despojos, á poner sitio á Lucena, hácia el 21 de Abril.

Marcha sobre Lucena.

Entre tanto el conde de Cabra, que no habia perdido tiempo en reunir su gente, se puso en marcha á la cabeza de un ejército pequeño pero bien ordenado, y compuesto de caballería é infantería, para acudir al socorro de su subrino, y adelantó con tal presteza que casi sorprendió al ejército sitiador. Al atravesar la sierra que cubria el flanco de los moros, el número de sus gentes se ocultaba en parte por las desigualdades del terreno, al paso que el ruido de las armas y el sonido de los instrumentos de guerra, que se multiplicaba por el eco de las montañas, aumentaba su verdadera fuerza en la imaginacion del enemigo. Al mismo tiempo el alcaide de los donceles protegió la llegada de su tío haciendo una vigorosa salida de la ciudad. La infantería de Granada, atenta solo á conservar su precioso botin, apenas hubo resistido un instante el encuentro, emprendió una vergonzosa retirada, dejando la batalla á la caballería. Ésta, compuesta, como se ha dicho, de la flor de los caballeros moros, acostumbrados en muchas incursiones á cruzar las lanzas con los mejores ginetes de Andalucía, sostuvo el puesto con su brio acostumbrado. La accion, bien disputada, estuvo dudosa por algun tiempo, hasta que se decidió por haber muerto el veterano Alí-Atar, “la mejor lanza de toda la morisma,” como le llama un escritor cristiano, que cayó despues de

Batalla de Lucena.

3 Pulgar, Reyes Católicos, parte 3, cap. 20.	en su origen como pajes en el real palacio y organizados como cuerpo militar.
Los donceles, de quienes era alcaide ó capitan D. Diego de Córdoba, eran un cuerpo de jóvenes caballeros tenidos	Sulazar de Mendoza, Dignidades, p. 259. V. tambien á Morales, Obras, t. XIV, p. 80.

PARTE I. recibir dos heridas, librándose así por una muerte honorífica de ser testigo de la humillacion de su patria ⁴.

El enemigo, desalentado por esta pérdida, empezó á ceder el terreno; pero los moros, aunque se veian atacados terriblemente por los españoles, se retiraban con cierto orden, hasta que llegaron á la orilla del Jenil, en donde se hallaba agolpada la infantería, tratando en vano de pasar el rio, que iba mas crecido de lo regular á causa de las grandes lluvias. Allí se hizo general la confusion, mezclándose los caballos y los infantes. Cada uno, cuidando solo de su vida, no pensó ya en el botin. Muchos que intentaron vadear el rio fueron arrastrados por las aguas que se llevaban á los hombres y caballos juntamente, y muchos mas fueron pasados á cuchillo en la orilla, sin hacer casi resistencia, por los despiadados españoles. El jóven rey Abdallah, que se habia distinguido en este dia en lo mas fuerte de la pelea, montado en su caballo blanco primorosamente enjaezado, vió caer á sus piés á cincuenta de sus leales guardias. Conociendo, por último, que su caballo estaba muy cansado para resistir la corriente del rio, desmontó con serenidad, y fué á refugiarse entre los cañaverales que rodeaban las márgenes, hasta que se concluyera la batalla. Pero allí fué descubierto por un soldado raso llamado Martin Hurtado, que no conociendo su persona le acometió sin reparo. El príncipe se defendió con la cimitarra, hasta que habiéndose reunido á Hurtado dos de los suyos, consiguieron hacerle prisionero. Los soldados, llenos de alborozo por su presa (porque Abdallah se habia dado á conocer á fin de librar su persona de violencia) le condujeron á su general el conde de Cabra. Éste recibió al real cautivo con generosa cortesania, que es la mejor señal de una noble educacion, y que habiendo sido uno de los rasgos de la caballería, hace un contraste agradable con el feroz espíritu del antiguo método de guerrear. El buen conde procuró dar al desgraciado príncipe todos los consuelos que eran posibles en su estado, y mas adelante le aposentó en su palacio de Baena, en donde le trató con la mas fina y cortés hospitalidad ⁵.

Abdallah cae prisionero.

⁴ Conde, Dominacion de los árabes, t. III, cap. 36.—Abarca, Reyes de Aragon, t. II, fol 302.—Carvajal, Anales, MS., año 1483.—Bernaldez, Reyes Ca-

tólicos, MS., cap. 61.—Pulgar, Crónica, cap. 20.—Mármol, Rebelion de Moriscos, lib. 1, cap. 12.

⁵ Garibay, Compendio, t. II, página

Casi toda la caballería musulmana quedó muerta ó prisionera en esta fatal jornada. Muchos de ellos eran personas de alta clase, y que habian de dar grandes rescates. La pérdida que sufrió la infantería, fué tambien considerable, inclusa la del botin que tan caro les habia costado. Cayeron en poder de los cristianos en esta accion nueve estandartes, ó segun algunos, veinte y dos; y en memoria de los reyes de España, concedieron al conde de Cabra, y á su sobrino el alcaide de los donceles, el privilegio de llevar otras tantas banderas en su escudo, juntamente con la cabeza de un rey moro con corona ducal de oro, y cadena del mismo metal al cuello ⁶.

Grande fué la consternacion que produjo en Granada la vuelta de los moros fugitivos, y no menores los lamentos que se oian en las calles de aquella populosa ciudad; porque se abatió en este dia el orgullo de mas de una noble casa, y su rey habia quedado prisionero en tierra de cristianos, cosa de que no habia ejemplo en los anales de su historia. "La estrella enemiga del Islam," esclama un escritor árabe, derramaba su maligna influencia sobre España, y la caida del imperio mahometano estaba decretada.

Pero la sultana Zoraya no era de carácter que perdiera el tiempo en inútiles lamentaciones, sabia que un rey cautivo que tenia un título tan precario como el de Abdallah, dejaria pronto de ser rey, aun en el nombre. En su consecuencia envió una embajada numerosa á Córdoba, prometiendo por la libertad del príncipe un rescate que solo un déspota podia ofrecer, y que pocos déspotas podrian cumplir ⁷.

El rey Fernando, que se hallaba en Vitoria con la reina cuando recibió la noticia del triunfo de Lucena, se apresuró á marchar á An-

637.—Pulgar, Reyes Católicos, MS., cap. 61.—Conde, Dominacion de los árabes, t. III, cap. 36.—Cardonne, Histoire d'Afrique et d'Espagne, t. III, pp. 271, 274.

Los diversos pormenores de esta batalla, aun los relativos al sitio donde se dió, se refieren, segun costumbre, confusa y contradictoriamente, por las gárrulas crónicas de aquella época. Pero

todos los autores, así cristianos como mahometanos, convienen en cuanto á los resultados.

⁶ Mendoza, Dignidades, p. 382.—Oviedo, Quincuagenas, MS., bat. 1, quinc. 1, diál. 9.

⁷ Conde, Dominacion de los árabes, t. III, cap. 36.—Cardonne, Histoire d'Afrique et d'Espagne, pp. 271, 274.

Pérdida de los moros.

Los moros envían una embajada á Córdoba.

PARTE I. dalucía para resolver acerca de la suerte de su real cautivo. Con cierta apariencia de magnanimidad, rehusó tener una entrevista con Abdallah hasta que hubiera consentido en librarle del cautiverio. En Córdoba hubo en el consejo una discusión algo acalorada respecto á la política que se habia de seguir. Opinaban algunos que el rey moro era una prenda de mucho valor, y no debia soltarse como quiera, porque el enemigo, desconcertado con la pérdida de su gefe natural, difícilmente podria reunirse bajo una cabeza, ni disponer ningun movimiento eficaz. Otros, y especialmente el marqués de Cádiz, instaban por la libertad, y aun porque se apoyaran sus pretensiones contra su competidor el viejo rey de Granada, insistiendo en que el imperio mahometano se quebrantaria por sus discordias intestinas mas poderosamente que por todos los ataques de sus enemigos esteriore. Por último, se sometieron las razones que habia por una y otra parte al juicio de la reina, que tenia aun su corte en las provincias del Norte, y la princesa se decidió por la libertad de Abdallah como medida que mejor conciliaba la sana política con la generosidad hacia el vencido ⁸.

Se celebra un tratado con Abdallah. Las condiciones del tratado, aunque bastante humillantes para el príncipe musulman, no se diferenciaban esencialmente de las propuestas por la sultana Zoraya. Se convino en conceder una tregua á Abdallah y á las plazas del reino de Granada que reconocieran su autoridad; y por su lado prometió el rey moro, que entregaria sin rescate cuatrocientos cautivos cristianos, que pagaria doce mil doblas de oro todos los años á los reyes de España, y que daria libre paso y auxilio á las tropas españolas que transitaran por sus tierras con el objeto de hacer guerra á la parte del reino que se mantenía aun adicta á su padre. Abdallah se obligó tambien á presentarse cuando fuese llamado por Fernando, y á entregar su hijo y los de la principal nobleza como rehenes para el cumplimiento del tratado. Así vendió aquel infeliz príncipe su honor, y la libertad de su país, por la posesion de una soberanía inmediata, pero precaria; soberanía que apenas podia

⁸ Pulgar, Reyes Católicos, capítulo 23.—Mármol, Rebelion de Moriscos, lib. 1, cap. 12.

No parece que Carlos V tuvo la delicadeza de su abuelo en la entrevista con su real cautivo, ó por mejor decir en ninguna parte de la conducta que observó con él.

esperar que durase sino en tanto que fuera útil al señor por cuya voluntad la tenia ⁹.

Ajustadas así definitivamente las condiciones del tratado, se dispuso que se celebraria una entrevista de los dos monarcas en Córdoba. Los cortesanos de Castilla quisieron persuadir á su rey que diera á besar la mano á Abdallah en señal de su preeminencia feudal; pero Fernando les contestó: "Podria hacerlo si el rey de Granada estuviera en sus dominios, mas no estando prisionero en los míos." El príncipe moro entró en Córdoba con una escolta de sus caballeros y una lucida comitiva de los españoles que habian salido á recibirle fuera de la ciudad. Cuando Abdallah se presentó delante del rey quiso doblar la rodilla; pero Fernando, apresurándose á detenerle, le abrazó con toda consideracion. Luego un intérprete árabe, que llevaba la palabra, principió su discurso ponderando en floridas hipérbolos la magnanimidad y eminentes cualidades del rey de España y la lealtad y buena fe de su señor; pero Fernando interrumpió su elocuencia, diciendo "que su panegírico era escusado, y que él tenia entera confianza en que el rey de Granada guardaria su fe como correspondia á un buen caballero y á un rey." Cumplidas estas ceremonias, tan humillantes para el príncipe moro, á pesar del decoroso velo con que se tuvo cuidado de cubrirlas, partió aquel con su comitiva para su capital, escoltado por un cuerpo de caballeros andaluces que le acompañaron hasta la frontera, y cargado de preciosos regalos del rey de España y del desprecio general de la corte de este monarca ¹⁰.

Política general seguida en esta guerra. Sin embargo de la importancia de los resultados que se obtuvieron en la guerra de Granada, seria muy enojoso y frívolo el relatar uno por uno los pasos sucesivos por los cuales se llegó á aquellos. Ni un sitio ni una sola hazaña militar de gran momento ocurrió hasta cerca de cuatro años despues, en el de 1487, bien que en el tiempo que medió se cobraran del enemigo un gran número de fuertes y pueblos pequeños y una vasta estension de territorio. Probablemente, sin necesidad de atenerse al orden cronológico de los sucesos, se logrará mejor el objeto de la historia presentando una reseña concisa de la

⁹ Pulgar, Reyes Católicos, ubi supra. ¹⁰ Pulgar, Reyes Católicos en el lugar citado.—Conde, Dominacion de los árabes, cap. 36.

PARTE I. política general seguida por los reyes en la direccion de esta guerra.

Incesantes hostilidades.

Las guerras de los moros en tiempo de los monarcas precedentes habian sido poco mas que *cabalgadas* ó entradas en el territorio enemigo ¹¹, que cual torrentes impetuosos arrastraban cuanto se hallaba en la superficie, pero sin disminuir en lo mas mínimo sus recursos esenciales. La liberalidad de la naturaleza reparaba pronto las devastaciones del hombre, y parecia que la cosecha siguiente brotaba con mas abundancia del suelo fertilizado con la sangre del labrador. Ahora se introdujo un sistema de depredacion mas vigoroso. En lugar de una campaña que antes se hacia, salia el ejército al campo en la primavera y en el otoño interrumpiendo sus esfuerzos solo durante los grandes calores del estío, de suerte que mucho antes que llegasen á sazón los frutos perecian bajo el hierro destructor de los guerreros.

Terribles devastaciones y talas.

Los medios de devastacion eran tambien mucho mayores que los que hasta entonces se habian visto. Desde el segundo año de la guerra habia treinta mil taladores destinados á este servicio, que lo cumplian demoliendo las quinterías, graneros y molinos (los últimos de los cuales eran muy numerosos en aquella tierra abundante de riachuelos), arrancando las viñas, talando los olivares y plantíos de naranjos, almendros, moreras y todas las várias y ricas plantas que se criaban con lozanía en aquel país tan favorecido por la naturaleza. Esta bárbara devastacion se estendia á mas de dos leguas por cada lado de la línea de marcha. Al mismo tiempo la flota del Mediterráneo cortaba todos los auxilios que venian de la costa de Berbería, de manera que podia decirse que el reino entero se hallaba en estado de perpetuo bloqueo. Fué tal y tan general la escasez producida por este sistema, que los moros se daban por contentos con poder cambiar sus cautivos cristianos por víveres, hasta que fué prohibido por los reyes este rescate como dirigido á inutilizar sus medidas ¹².

Pero se conservaban aún en Granada algunos valles fértiles y resguardados que daban con seguridad sus frutos al labrador moro; al mismo tiempo que á las veces se llenaban sus graneros con el produc-

11 La palabra *cabalgada* parece que la usaron indistintamente los antiguos escritores españoles para significar una partida destinada al merodeo, la corre-

ría misma, ó el botin cogido en ella.

12 Pulgar, Reyes Católicos, capítulo 22.—Memorias de la Academia de la Historia, t. vi, ilustracion 6.

to de alguna incursion por las fronteras. Por otra parte, los moros, aunque fueran naturalmente gente entregada á los placeres, eran tambien sufridos y capaces de soportar grandes privaciones. Fué, pues, necesario recurrir á otras medidas mas temibles en union con este riguroso sistema de bloqueo.

Los pueblos de los moros estaban en lo general defendidos con fortificaciones, de tal suerte que dentro de los límites del reino de Granada habia, como se ha dicho, diez veces mas plazas fortificadas que las que hay esparcidas ahora en toda la Península. Estaban situados en la cima de algun precipicio ó escarpada sierra, y su fortificacion natural se aumentaba con sólidas fábricas de que los rodeaban, y que aunque no fueran capaces de resistir á la artillería moderna, desafiaban á todos los ingenios de batir conocidos antes del siglo xv. Estas fortificaciones, unidas á la posicion local, hacian frecuentemente que una corta guarnicion de aquellas plazas pudiera burlarse de todos los esfuerzos de los mas poderosos ejércitos castellanos.

Estado de los fuertes de los moros.

Los reyes de España comprendieron que debian fijar su atencion en la artillería, como único medio eficaz para someter aquellos fuertes. Estaban, lo mismo que los moros, en extremo escasos de esta arma, aunque parece que España dió ejemplos mas antiguos de su uso que ninguna otra nacion de Europa. Isabel, que tenia el gobierno particular de este ramo, hizo invitar á que vinieran á su reino á los mas hábiles maquinistas y maestros de Francia, Alemania é Italia. Se construyeron fraguas en el campamento y se prepararon todos los materiales necesarios para la construccion de cañones, balas y pólvora: se trajeron tambien grandes cantidades de la última, de Sicilia, Flandes y Portugal: se establecieron comisarios en los diversos departamentos, con instrucciones para reunir lo que necesitaran los operarios, y se confió la direccion de todo á D. Francisco Ramirez, que era un hidalgo de Madrid, persona de mucha esperiencia y de muchos conocimientos militares para aquel siglo. Mediante estos esfuerzos, continuados sin intermision en todo el tiempo de la guerra, Isabel reunió un tren de artillería que probablemente no lo tenia igual ningun otro potentado de Europa en aquella época ¹³.

13 Pulgar, Reyes Católicos, capítulo 59.—Lebrija, Rerum Gestarum, lib. 3, cap. 5.—Zurita, Anales, t. iv, lib. 20, Decades, 2, lib. 3, cap. 5.